

valerse de otras personas. Se les impone tambien la obligacion de enviar predicadores por las parroquias, para atender á las necesidades urgentes de las iglesias abandonadas. Se manda, que para desempeñar tantas funciones esenciales, se abstengan absolutamente los obispos de entender en ningun asunto temporal: y á fin de acreditar su ministerio, se les encarga que sobre todo prediquen con el ejemplo, y que renuncien la vanidad y las pompas del mundo, los muebles preciosos, la magnificencia en el tren, en sus casas y vestidos, prohibiéndoseles toda tela de seda. La misma sencillez debe reinar en su mesa, donde no se permite que se sirvan mas de tres ó cuatro platos, y aun se dice que no tanto se aprueba esta abundancia, cuanto se tolera en atencion á la delicadeza del siglo. Estas reglas debian estenderse, en la proporcion conveniente, á los eclesiásticos de segundo orden. Se encarga la visita de la diócesi, como una obligacion de las mas esenciales del episcopado; y debe hacerse de tres en tres años por el obispo en persona, ó si está absolutamente impedido, por vicarios virtuosos y doctos.

El punto que despues de esto pareció de mayor importancia, fue la colacion de las órdenes y de los beneficios: acerca de lo cual se advierte al obispo, que no crea haber desempeñado su ministerio, contentándose con imponer las manos, y dejando á otros el exámen de los sugetos. En esta parte debe hacerlo todo por sí, ó á lo menos hallarse presente; saber mucho tiempo antes de las órdenes, los nombres de

todos los ordenandos, informarse con el mayor cuidado de sus costumbres é idoneidad, examinarlos por sí mismo con grande atencion, y hacer que le ayuden otros en este exámen, si fuere necesario, pero no abandonarle ni aun á las personas que juzgue mas dignas de su confianza. En quanto á la colacion de los beneficios con cura de almas, además de un nuevo exámen de los sugetos, de su fe, costumbres, instruccion, genio, madurez é inclinacion á la residencia, se autoriza al ordinario para que les exija el juramento de la residencia efectiva, como el punto mas importante para el buen orden de las iglesias. Se halla tambien en estos decretos un plan perfectamente ideado acerca de los seminarios, que eran entonces casi desconocidos: lo que demuestra que Polo habia recibido del cielo el don de gobernar la casa de Dios, y de restablecer la iglesia de Inglaterra. Estos puntos de reforma que publicó desde luego, en virtud de la autoridad propia de su carácter de legado, los puso en egecucion inmediatamente que se vió constituido en la clase de gefe ordinario de la gerarquía británica.

55. Perseguido así el error en Inglaterra y en otros muchos estados de Europa, buscó éste en el Nuevo-mundo un asilo, donde, no solo pudiesen refugiarse los sectarios inquietados en su patria, sino tambien multiplicarse con toda seguridad (1). Deseando Calvino aumentar su prepotencia con su religion sediciosa, alabó mucho este proyecto como una

(1) *Thuan. l. 16. n. 9. — Bez. Hist. Eccles. l. 2.*

imitacion del celo de los Apóstoles, y le justificó con el pasage del Evangelio, que dice: „Si os persiguiesen en un lugar, huid á otro.” Para la egecucion de esta empresa, le era necesario emplear con algun Soberano el fraude y la mentira, el abuso de la confianza y de la distraccion de las rentas y fuerzas del estado. ¿Pero cuándo ha servido esto de obstáculo al espíritu de secta y de partido? Se dirigieron al Rey de Francia, y no tuvo dificultad el almirante de Coligny, muy apasionado por el error, en dar á entender á Enrique II, á quien causaba celos el poder austriaco, que siendo el oro de América el verdadero nervio de la guerra para los españoles, el medio mas seguro de incomodarlos era agotar, ó á lo menos dar otro curso al manantial donde habian bebido libremente hasta entonces. Se fingió el deseo de aumentar los tesoros del Rey, y el verdadero objeto era establecer á espensas suyas, en un país donde no alcanzase su autoridad, la heregía que le era tan odiosa, y á la cual perseguia con todo su poder. Se nombró á Durando de Villegagnon, caballero de Malta, de familia ilustre, radicada en la provincia de Brie, y vice almirante de las costas de Bretaña, por gefe de una espedicion, cuyo buen éxito estrivaba en su acreditado valor, en su habilidad y en sus extraordinarios conocimientos. Le facilitó Coligny tres navíos del Rey, con el permiso de llevar al Nuevo-mundo las armas de Francia: y fue cargada esta flota de calvinistas ocultos, mezclados con algunos católicos de poca importancia, á fin de disimular mejor.

Salieron de Havre de Gracia, y despues de una tempestad que los obligó á poner en tierra á los mas cobardes, continuaron felizmente su rumbo hasta el rio Janeiro en la costa del Brasil; subieron contra la corriente de este rio, desembarcaron en un islote desierto, y edificaron en él un fuerte, al que dieron el nombre de Coligny para honrar á su protector, el cual agradeció esta fineza; y en prueba de ello, les envió otros tres navíos perfectamente pertrechados, con mayor número de calvinistas que la primera vez, y con un enjambre de predicantes, mandados por Guillermo Chartier y por el carmelita apóstata Pedro Richer, á quienes dió Calvino esta comision, en virtud de una carta que le escribió el almirante para que eligiese las personas de su agrado.

Luego que llegaron se estableció una iglesia á la ginebrina, y se celebró la cena, á que asistió Villegagnon, aunque resistiéndose á ello la mayor parte de los católicos, muy sorprendidos y no menos irritados de que se les hubiese obligado á contribuir á una obra tan indigna. Introdújose la division entre los mismos calvinistas, con motivo de la materia del Sacramento, como habia sucedido en Ginebra cuando arrojaron de aquella ciudad á Calvino; porque unos querian usar de pan fermentado, y otros de pan ácimo. Sucediéndose las disputas unas á otras, quisieron todos esplicar á su modo este testo, famoso por el abuso que hacen de él los sacramentarios: *De nada sirve la carne: el espíritu es el que vivifica*. El carmelita Richer dijo con el desentono propio de un

apóstata; que la carne de Jesucristo, de cualquier modo que se la supusiese en la comunión, no era de ninguna utilidad al que comulgaba: y llegando su impiedad á un extremo desconocido todavía en la secta, dijo contra las palabras de la Escritura en que manda el Padre Eterno á sus ángeles que adoren al Verbo encarnado, que no se le debía adorar ni invocar, y sostuvo con obstinacion esta impiedad. En fin, fue tal la altercacion, que no hubo mas arbitrio que enviar á Chartier para que consultase á Calvino.

56. Entretanto, Villegagnon, que, dotado de un juicio naturalmente recto, tenia unos conocimientos muy superiores á su profesion, se hizo cargo de la insuficiencia y del abuso del sentido particular, que era la regla que daba Calvino para las decisiones en materia de dogma; y vió que era tan defectuosa esta regla, que habia necesidad de recurrir contra ella al mismo que la habia establecido. Impugnó á Richer en un sermón público; se declaró católico en el mismo acto, abrió los ojos á todos los que conservaban alguna buena fe, y echó de allí á los obstinados, los cuales no tuvieron mas recurso que embarcarse en un mal navío para volver á Europa. En los trece años que vivió despues, perseveró de tal modo en la fe de la Iglesia, que consagró sus talentos nada comunes á escribir contra el calvinismo. Pero su conversion ofendió al almirante, y no habiéndole enviado éste mas socorros, le fue imposible resistir á los portugueses y á los salvages, por lo que se vió obligado á abandonar su establecimiento y restituirse á Francia.

Fue esta tentativa una de las mas notables por parte de los sectarios, y uno de los innumerables sucesos que nos dan á entender, que entre las obras divinas, es el apostolado la cosa mas inimitable para el espíritu de mentira.

57. No se ideó ni se dirigió de este modo la célebre mision de Etiopia ó de Abisinia, que se egecutó en aquel mismo tiempo, esto es, á principios del Pontificado de Paulo IV. Si los frutos de ella no fueron copiosos, como se esperaba con justa causa, por lo menos no se pudo culpar en nada á los operarios enviados para cogerlos. Los pueblos de Etiopia, que se llaman ahora abisinios, habian recibido la fe desde los primeros tiempos de la Iglesia, y segun sus tradiciones, debieron este beneficio al Apóstol San Matéo y al eunuco de la Reina Cándaces; pero el transcurso de los siglos y la dificultad de la comunicacion con el centro del cristianismo, habian alterado de tal manera su religion, que no se sabia que nombre darla (1). Estaban bautizados y circuncidados; habian tomado varias prácticas de los mahometanos y de los idólatras, de que estaban rodeados; y lo que acaso los alejaba mas de la santa unidad, era que reconocian por Cabeza de la Iglesia al patriarca de Alejandría, el cual, inficionado con el cisma y con la heregía de Eutiques, les inspiraba la mayor aversion al nombre latino. Habiéndose empeñado unos aventureros portugueses en descubrir al famoso Preste Juan, que estaba reputado por un poderoso Monarca cristiano,

(1) *Bouh. l. 5. p. 403.*

establecido en medio de los idólatras, y habiendo penetrado por el mar de las Indias en el imperio de Abisinia, confundieron á su Soberano con aquel antiguo Monarca tártaro, cuyo cristianismo informe podía compararse en efecto con el de los abisinios (1). Le hablaron de los misterios de la fe; y como aquel Príncipe, llamado David, era virtuoso y muy sensato, le agradaron tanto sus principios y doctrina, que no quiso reconocer en lo sucesivo al patriarca de Alejandría, y prestó obediencia al Papa por medio de una embajada solemne.

58. Despues de la muerte de David, Claudio, su hijo y sucesor, educado en la religion romana, y aliado del Rey de Portugal, de quien habia recibido socorros muy importantes en una ocasion en que se trataba nada menos que de la conservacion de su corona, le suplicó que le diese igualmente hombres hábiles para pelear contra los enemigos de la salvacion. El Rey de Portugal, de acuerdo con el Sumo Pontífice, juzgó que para establecer sólidamente aquella iglesia, era necesario darla un patriarca y algunos obispos, á lo menos para las sillas principales, y creyó que á nadie podia dirigirse con mas acierto que al fundador de la fervorosa compañía de Jesus. El solo nombre de patriarca y de obispo estremeció á Ignacio, como si fuese éste el mayor peligro que podia amenazar á su orden; pero reflexionando despues que semejante patriarcado y obispados, mas bien eran

(1) *Maff. l. 16. — Orland. l. 15. n. 105.*

crucos que dignidades, concedió lo que pedia el Príncipe, y le nombró tres sugetos de una capacidad y virtud eminente. Iba Nuñez en primer lugar, como que era el que deseaba Ignacio que fuese patriarca, aunque no declaraba su intencion. Habia trabajado mucho tiempo en África, así en la libertad de los esclavos, como en la conversion de los renegados; y se hallaba en Lisboa, adonde habia tenido necesidad de pasar, por exigirlo así los intereses de su mision. Los dos obispos designados por su general, eran Oviedo y Carnero; todos tres se asustaron mas que el santo fundador, cuando se les habló de mitra y de pálio. Nuñez escribió á Roma, que queria mucho mas pasar el resto de sus dias en la cadena con los esclavos de Berbería, que ocupar el primer asiento en la casa del Señor. Renunciaron, pues, unánime é invenciblemente, hasta que el Vicario de Jesucristo les impuso el precepto absoluto de que aceptasen.

Oviedo y Carnero fueron desde Italia á unirse con Nuñez en Lisboa, donde fueron todos tres consagrados obispos. El Papa dió al último el nombramiento de patriarca, y le envió el pálio con facultades ilimitadas, así en la Etiopia como en las regiones circunvecinas. Nombró á Oviedo obispo de Nicéa, y á Carnero de Hierópolis, y por lo que pudiera ocurrir, declaró á los dos por sucesores del patriarca. A los tres prelados añadió Ignacio diez cooperadores escogidos para trabajar bajo sus órdenes, y les dió una carta, no menos afectuosa que instructiva, para el Rey de los abisinios, en la que le recomendaba aquella

sociedad apostólica, formada por el modelo de la de Jesús Cristo y sus Apóstoles, de una cabeza y de doce discípulos, dispuestos todos ellos á sacrificar la vida por la salvacion del Príncipe y de sus vasallos. Además de esto, esponia en ella las pruebas mas sólidas y palpables, así de la unidad católica, como del primado del sucesor de Pedro, que es el centro de esta unidad de donde se deriva la pura doctrina de la fe cristiana.

Se embarcaron los misioneros en Lisboa, y fueron en derechura á las Indias, para informarse del estado en que se hallaba entonces la religion en Etiopia. No podia ser mas acertada esta precaucion, pues supieron que el Rey Claudio, llamado por otro nombre Asnasaghez, se habia dejado seducir por los copptos ó eutiquianos, y que de ningun modo estaba dispuesto á recibir la fe cristiana. Con esta noticia, no se tuvo por conveniente esponer la persona del patriarca, y se tomó el partido de enviar al padre Oviedo con algunos compañeros, los cuales no pudieron adelantar nada con aquel Príncipe en el poco tiempo que le quedaba de vida, y procuraron hallar algun consuelo entre los vasallos que habian conservado unas disposiciones mas favorables á la predicacion de la verdadera fe. Habiendo perecido Asnasaghez en una irrupcion de sus enemigos los mahometanos, se declaró abiertamente su sucesor Adamas contra los operarios evangélicos, y fue uno de los mas crueles perseguidores de los verdaderos cristianos. Pero no queriendo el patriarca Nuñez que quedase frustrada

la gracia de su consagracion, pensó en dirigirse á la China, donde tuvo la felicidad de abrir la puerta al Evangelio. Entró allí acompañado de algunos comerciantes portugueses, con el pretesto de rescatar varios esclavos de esta nacion. Mostraron los chinos mucha curiosidad de oír la nueva doctrina que predicaba, pero tan poca disposicion para seguirla, que se resolvió á ir al Japon á cultivar las cristiandades florecientes que habia establecido en aquel imperio San Francisco Javier; pero antes derramó en la China las primeras semillas de la fe, las cuales dieron fruto á su tiempo.

La pequeña compañía de Ignacio, abrazaba ya en aquella época la inmensa estension del Asia, las costas orientales y occidentales del África, y particularmente el reino de Congo, al cual suministró entonces escelentes operarios; y en el otro hemisferio cultivaba las vastas regiones del Brasil, donde en poco tiempo hizo tan grandes progresos, que fue necesario establecer en ellas un provincial distinto.

59. El santo fundador, que era el alma y el móvil de todas estas grandes obras, y llevaba en cierto modo la carga repartida entre tantos operarios ocupados en los trabajos mas penosos de las cuatro partes del mundo, sintió por último que sus fuerzas no correspondian á su valor, y que cedian á tanto peso. Reducido á quedarse en cama muchos dias, pero sin dejar el timon del gobierno, y viendo que por momentos se multiplicaban los negocios á proporcion del incremento de su compañía, dispuso que los

padres que estaban en Roma eligiesen un vicario general, para eximirse de un trabajo á que no podia ya atender por sí mismo. Sin embargo, queria que se le diese cuenta de las obras de edificacion que hacian sus hijos en Roma y en las regiones circunvecinas. Supo que en Macerata, ciudad de la Marca de Ancona, donde se habian dispuesto para el carnaval unas funciones poco cristianas, algunos padres que estaban allí de mision habian espuesto el Santísimo Sacramento con gran solemnidad; que se habian hecho rogativas y predicado sermones prácticos en los tres dias que preceden al miércoles de ceniza; y que atraído el pueblo con la pompa y novedad de la ceremonia, lo habia abandonado todo por asistir á ella. Agradó tanto esta devocion al santo general, que quiso que se renovase todos los años en las casas de su órden. De este modo empezó la devocion de las cuarenta horas, establecida despues en todas partes con tan buen éxito, para contener los desórdenes y las locas profanidades del carnaval.

60. Conociendo Ignacio que se acercaba su última hora, solo pensó ya en prepararse en paz para el momento de la muerte. Tres cosas habia deseado antes de salir de este mundo; que su libro de los ejercicios fuese aprobado por la santa Sede; que su compañía fuese confirmada por los Sumos Pontífices, y que se publicasen sus constituciones en todos los lugares donde se hallaba establecida. Cumplidos sus deseos, decia que nada le quedaba ya que apetecer, y suspiró unicamente por la disolucion de su cuerpo,

á fin de ir á unirse con su Dios. Como algunos de los padres le oian hablar de muerte próxima, y no creían que estuviese gravemente enfermo, se atrevieron á decirle que no tenia motivo para temer; pero obedciendo Ignacio á una voz mas segura, se confesó y recibió el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo con sentimientos extraordinarios de piedad. Dos dias despues llamó al anochecer á su secretario el padre Polanco, y le dijo que fuese á pedir al Papa la bendiccion apostólica, y la indulgencia para el artículo de la muerte. Viendo Polanco, los demás padres y aun los médicos que no habia ninguna urgencia, ó pareciéndoles así, se retardó hasta el dia siguiente el cumplimiento del encargo. Apenas amaneció, fueron varios padres á ver cómo habia pasado la noche el Santo, y le encontraron casi agonizando. Entonces acudió Polanco al Papa sin perder un momento, acusándose de su poca fe, y no tuvo mas que el tiempo preciso para desempeñar su piadosa y triste comision. Todos los demás fueron á toda prisa á ver al enfermo, persuadiéndose que no habria llegado aun su última hora, sino que le habria dado una congoja, y que se restableceria si le hiciesen tomar alguna cosa. Pero él les dijo con voz moribunda: *Nada necesito: todo es inútil.* Juntando despues las manos, levantando los ojos al cielo, y pronunciando el nombre de Jesus, espiró dulcemente el dia último de Julio de 1556.

Tenia entonces sesenta y cinco años: habian pasado treinta y cinco desde su conversion, y diez y seis desde la confirmacion de su compañía. La vió

esparcida por todo el mundo, y dividida en doce provincias, que comprendian por lo menos cien colegios. Veinte años despues de su muerte se hizo una enumeracion, y resultaron treinta y cinco provincias, con dos vice-provincias, mas de quinientos colegios, treinta y tres casas profesas, cuarenta y ocho noviciados, sin contar los seminarios, las residencias y las misiones, mas de diez y siete mil religiosos, y entre ellos de siete á ocho mil sacerdotes. Apenas espiró el santo fundador, resonaron en todos los barrios de Roma estas palabras: *Ha muerto el Santo: nos ha sido arrebatado el Santo.* Acudieron los pueblos atropelladamente al lugar donde estaba espuesto, y se tenia por gran felicidad besarle las manos, tocarle los hábitos, y sobre todo quitar algunos pedacitos de ellos, los cuales se veneraban como reliquias preciosas. Los votos de las personas distinguidas no fueron menos espresivos que la voz del pueblo. Entre los prelados y los hombres sábios y virtuosos, se esplicó mas claramente que nadie en elógio del Santo el piadoso fundador de la congregacion del oratorio, Felipe de Neri, venerado despues con culto público, diciendo y congratulándose siempre de que Ignacio habia sido su maestro en la oracion. El olor de su santidad se estendió rápidamente desde Roma por todas las naciones, y en especial por España, que era su pátria. El castillo de Loyola se convirtió al momento en una especie de templo, y el cuarto en que se habia verificado la conversion de Ignacio, fue un santuario que inspiraba horror al pecado, y llenaba

de remordimientos á las almas impuras. En la cueva de Manresa, depositaria de sus íntimas conversaciones con Dios, entraba el pueblo de rodillas, besando la tierra bañada con la sangre y las lágrimas de un penitente que infundió á tantos el espíritu de que él estaba animado.

La voz del cielo ó la de los milagros, confirmaba de dia en dia la devocion de los pueblos. Se hicieron infinitos prodigios solo con tocar un cilicio del Santo que habia quedado en Barcelona, y se llevaba de casa en casa á los enfermos, á cuya fe se seguia siempre la curacion de sus dolencias. Se multiplicaron tanto y de tan diferentes modos, que las actas de su canonizacion refieren mas de doscientos bien comprobados. Igualmente depusieron á favor de sus virtudes heróicas seiscientos y sesenta testigos. Al insertar Clemente VIII en el martirologio el nombre de este Santo, usó de la siguiente fórmula dispuesta por él mismo: „En Roma, San Ignacio, confesor, fundador de la compañía de Jesus, ilustre por su santidad, por sus milagros y por su celo en propagar la Religion católica por todo el mundo.” Una sabiduría superior, que por decirlo así, se veía pintada en su frente, y un valor invencible, elevados uno y otro por la gracia á un grado de que hay pocos egemplares: he aquí en dos palabras el retrato de un Santo, venerable á todos los fieles virtuosos, á todos los eclesiásticos celosos, y lo que es aun mas honorífico, segun San Gerónimo (1), aborrecido, á lo menos en

(1) *Epist. 80. ad S. August.*